

Ningún accidente ocurrió en esta muchedumbre de trescientos ó cuatrocientos mil hombres. Las calles, los boulevards, las ventanas, los tejados, los árboles, estaban cargados de espectadores.

A la cabeza del cortejo marchaba Lafayette con su estado mayor; después Tronchet, el presidente de la Asamblea nacional, rodeado como un rey de doce hujieres con cadena al cuello, y á continuación la Asamblea en masa sin distinción de partidos. El íntimo amigo de Mirabeau, Sieyes, que detestaba á los Lameth y no les hablaba nunca, tuvo la idea noble y delicada de tomar el brazo de Carlos Lameth, cubriéndoles así de las injustas suposiciones que se hacía pesar sobre ellos.

A continuación de la Asamblea nacional, como una segunda Asamblea y procediendo todas las autoridades marchaba en columna cerrada el Club de los Jacobinos. Se habían hecho señalar por el fausto en su dolor, ordenando todos los Clubs de Francia un duelo de ocho días, y de aniversario en aniversario un duelo eterno.

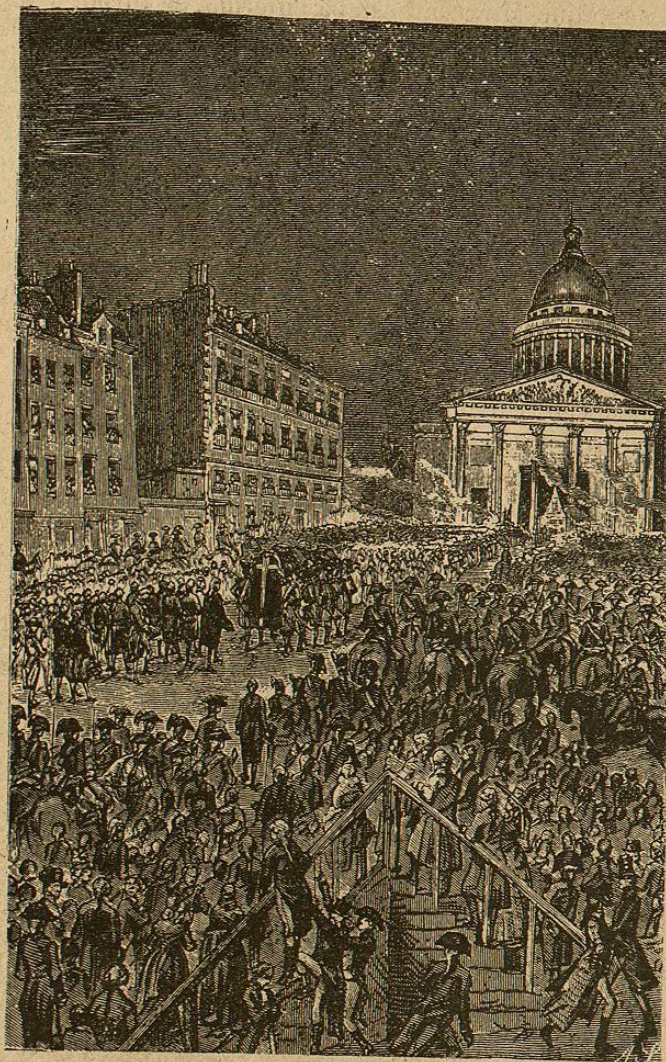
Este convoy inmenso, que tardó muchas horas en atravesar París, llegó á las ocho de la noche á la iglesia de San Eustaquio. El diputado Cerutti pronunció el elogio fúnebre. Veinte mil guardias nacionales dispararon á un tiempo sus fusiles; todos los vidrios del barrio se rompieron; por un momento pareció que la iglesia iba á desplomarse sobre el féretro.

Después el entierro continuó su marcha á la luz de las antorchas. Pompa verdaderamente fúnebre é imponente en plena noche. Por primera vez se oyeron en París instrumentos como el trombón y el *tam tam*. «Estas notas desgarradoras—dice un testigo presencial—parecían arrancar las entrañas y herir el corazón.» El convoy fúnebre llegó á altas horas de la noche á Santa Genoveva.

La impresión del día había sido generalmente de solemnidad y calma, llena de un sentimiento de inmortalidad. Se hubiera creído que se transportaban las cenizas de Voltaire, de un hombre muerto después de mucho tiempo, de uno de esos hombres que no mueren jamás. Pero á medida que el día fué desapareciendo y que se fué hundiendo el entierro en la sombra doblemente obscura de la noche y de las calles profundas que alumbraban las luces de las antorchas temblonas, las imaginaciones, dominadas por presentimientos siniestros, comenzaron á sondear el tenebroso porvenir. La muerte del único que había sido grande, establecía entre todos este día una formidable igualdad.

La Revolución iba á rodar desde entonces por una pendiente rápida, iba por un camino sombrío al triunfo ó á la tumba. Y en este camino le iba á faltar un hombre, su glorioso compañero de viaje, hombre de gran corazón ante todo, sin hiel, sin odio, magnánimo hasta para sus más crueles enemigos. El llevaba consigo una cosa que no se sabía entonces qué era, y que sólo se supo más tarde: el espíritu de paz dentro de la misma guerra, la bondad, la dulzura y la humanidad dentro de la violencia.

No dejemos dormir aún á Mirabeau en la tierra. Lo que acabamos de ver depositar en Santa Genoveva es la menor parte de él; quedan su alma y su memoria, que deben dar cuenta á Dios y al género humano.



Entierro de Mirabeau (Pág. 544)

Un solo hombre se negó á asistir al entierro: el honrado y austero Pelión. Aseguraba haber leído un plan de conspiración realista escrito por la mano de Mirabeau.

Desmoulins, el gran escritor de la época, alma tornadiza, joven y

ardiente juguete de pasión y fluctuaciones, varió en pocos días su juicio sobre Mirabeau, acabando por formular contra él la sentencia más terrible. Ningún espectáculo más curioso que el de este violento nadador, batido por las olas del odio y la amistad y arrastrado al fin por la del odio.

Cuando supo que Mirabeau estaba enfermo, se turbó, y aunque siguió atacándole, no pudo contener los impulsos de su corazón y recordó los servicios inmortales prestados á la libertad por el gran orador. Al hablar de su muerte decía así:

«¡Mirabeau ha muerto; de qué inmensa presa acaba de apoderarse la muerte! Yo siento aún en este momento el mismo choque de ideas y de sentimientos que me hizo quedar sin movimiento y sin voz cuando obtuve que levantaran el velo que cubría aquella cabeza llena de brillantes ideas, y de la cual en vano buscaba yo el secreto. Parecía dormir, y lo que más me impresionó en su rostro fué ver pintada la serenidad del justo y del sabio. Jamás olvidaré esa cabeza helada y la situación dolorosa en que me sumió su contemplación.»

Ocho días después todo ha cambiado, Desmoulin es un enemigo. La necesidad de alejar las afrentosas suposiciones que caen sobre los Lameth, impulsa al movable escritor á una violencia terrible. ¡La amistad le hace traicionar la amistad! ¡Niño sublime, pero sin prudencia, siempre extremado en todos los sentidos.

«En cuanto á mí—decía ocho días después—debo declarar que cuando fué levantado el velo mortuorio, al ver un hombre que yo había idolatrado, no he sentido venir ni una lágrima y le he mirado con los ojos secos, como Cicerón miraba el cuerpo de César atravesado por treinta y tres puñaladas. Yo contemplaba aquel soberbio almacén de ideas desamueblado por la muerte; yo sufría de no poder dar lágrimas á un hombre que había tenido un gran talento, que había prestado ruidosos servicios á la patria y que quería que yo fuese su amigo. Yo pensaba en la respuesta de Mirabeau moribundo á Sócrates moribundo; en su palabra *Dormir*, refutación del largo discurso de Sócrates sobre la inmortalidad poco antes de morir. Yo contemplaba su sueño, y no pudiendo alejar de mí la idea de sus grandes proyectos contra nuestra libertad y fijando los ojos sobre su conducta en los dos últimos años; sobre su pasado y su porvenir, á su última palabra, á esa profesión de materialismo y ateísmo, yo respondía mentalmente con una sola frase: *Has muerto.*»

No, Mirabeau no puede morir. Vivirá eternamente con Desmoulin. El primer orador de la Revolución y su primer escritor vivirán eternamente en el porvenir y nadie podrá separarlos.

Sagrado por la Revolución, identificado con ella y en consecuencia con nosotros que somos sus hijos, no podemos degradar á Mirabeau sin degradarnos á nosotros mismos, descoronando á la Francia.

El tiempo, que es el gran revelador de todas las cosas, no nos ha

revelado nada que motive realmente el reproche de traición lanzado contra Mirabeau.

La falta única de Mirabeau fué incurrir en un error, en un grave y funesto error, pero del cual participaron en más ó menos grados todos los hombres de su época.

Los hombres de todos los partidos, desde Cazales y Maury hasta Robespierre y Marat, creyeron que la Francia era realista y todos quisieron un rey. El número de los republicanos era verdaderamente imperceptible.

Mirabeau creía que hacía falta un rey que fuese fuerte ó nada de rey.

La experiencia ha probado contra los ensayos intermediarios que las constituciones bastardas sólo sirven para producir tiranos hipócritas.

El medio que Mirabeau proponía al rey para levantarse era más revolucionario que la Asamblea misma.

En él no hubo traición; pero sí corrupción.

¿Qué género de corrupción? ¿la del dinero?... Es verdad que Mirabeau recibió sumas que debían cubrir los gastos de su inmensa correspondencia con los departamentos: una especie de ministerio que tenía organizado en su casa.

El decía una frase sutil, una excusa que no excusaba nada al asegurar que nadie le había comprado; *que él era pagado, no vendido.*

Existe en él otra corrupción. Los que han estudiado al hombre lo comprenden bien. La romántica visita á Saint-Cloud, en Mayo del 90; aquella entrevista misteriosa con la reina ¿le inspiró la loca esperanza de ser ministro del rey? No; pero indudablemente hizo surgir en él la idea de ser ministro universal de una reina, una especie de esposo político como lo había sido Mazarino.

Esta locura se apoderó de su espíritu, teniendo en cuenta que esta única y rápida aparición de la reina fué como una especie de ensueño que no volvió á repetirse y que no pudo jamás comparar con la realidad. El guardó la ilusión y vió en adelante á la reina no tal como era, sino como él quería que fuese, una verdadera hija de María Teresa, violenta pero magnánima y heroica. Este error fué hábilmente cultivado y entretenido. La corte puso un hombre á su lado, día y noche, Mr. de Lamarck, que amaba mucho á la reina y mucho á Mirabeau, y que en sus conversaciones reforzaba el concepto que el gran orador se había formado del talento de la reina, pintándosela tan bella como desgraciada y valerosa. Una sola cosa le faltaba según Lamarck, la luz, la experiencia, un consejero astuto y sabio, una mano varonil en que apoyarse la fuerte mano de Mirabeau... Y así lo engañaban. Esta fué la verdadera corrupción de Mirabeau, una culpable ilusión de su corazón lleno de ambición y orgullo.

¿Hubo traición en Mirabeau? No.

¿Hubo corrupción? Sí.

Mirabeau fué realmente culpable.

Aunque resulte doloroso, hay que convenir en que fué justa la expulsión de sus restos del Panteón.

La Asamblea tuvo razón en enterrar allí al hombre intrépido que fué su primer órgano, la voz misma de la libertad.

La Convención tuvo razón para arrojar fuera del templo al hombre corrompido, ambicioso y débil de corazón, que hubiera preferido á la patria los intereses de una mujer y su propia grandeza.

Fué en un triste día de otoño, en ese trágico año de 1794, en que la Francia había acabado por exterminarse ella misma, cuando cansada de matar á los vivos se dedicó á matar á los muertos, y arrancó del Panteón de los grandes hombres al más glorioso de sus hijos. Francia mostró una alegría salvaje en este acto. El hombre de ley, encargado de esta odiosa ceremonia, se expresa así en el expediente, informe bárbaro que da una idea extraña de la época:

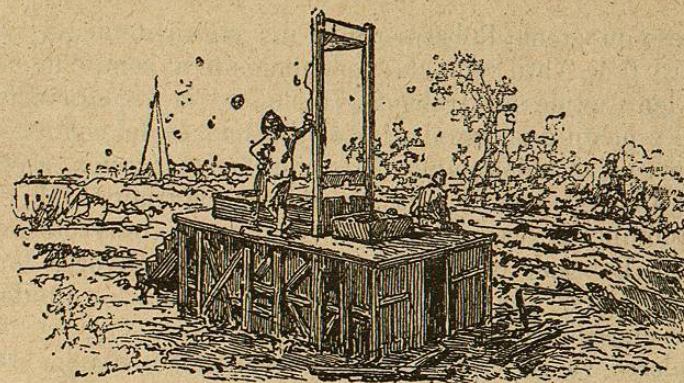
«El cortejo de la fiesta se detuvo en la plaza del Panteón, y uno de los ciudadanos hujeres de la Convención avanzó hasta la puerta del citado Panteón y dió lectura al decreto arrojando de allí los restos de Honorato Riqueti Mirabeau, que inmediatamente fueron sacados en un ataúd de madera fuera del recinto de dicho templo y conducidos al lugar ordinario de las sepulturas...» Este lugar no era otro que Clamart, el cementerio de los ajusticiados, en el arrabal de San Marcelo. El entierro se verificó durante la noche sin ninguna ceremonia.

Escribo esto en 1847. Ha pasado medio siglo y Mirabeau permanece todavía enterrado entre los ajusticiados.

Yo no creo en la legitimidad de las penas eternas. Bastantes son para ese infeliz grande hombre cincuenta años de expiación. La Francia (no hay que dudarlo) cuando lleguen para ella días mejores irá á buscarle en la tierra y le volverá al sitio donde debe quedar (1) en el Panteón. El orador de la Revolución á los pies de los creadores de la Revolución, Descartes, Rousseau y Voltaire. La expulsión fué meritoria; pero el retorno es justo también.

¿Por qué negarle esta sepultura material cuando tiene una moral y eterna en el recuerdo de agradecimiento que le tributa el corazón de la Francia?

(1) Francia ha sido sorda á la voz generosa de Michelet, cuya bondad le hizo cerrar los ojos ante los defectos de Mirabeau, viendo sólo sus cívicas virtudes. Han pasado más de cien años y el cadáver de Mirabeau no ha vuelto al Panteón. (N. del T.)



CAPITULO XI

Intolerancia de los dos partidos.—Progreso de Robespierre

La Asamblea, por una proposición de Robespierre, acuerda que los diputados no puedan ser ministros ni reelegidos.—Robespierre hereda el crédito de los Lameth entre los Jacobinos.—Los Lameth consejeros de la corte.—No hablan ni contra la limitación de la Guardia Nacional ni en defensa de los clubs.—Lucha de Duport y Robespierre.—Los dos hablan contra la pena de muerte.—La lucha religiosa estalla al aproximarse las Pascuas.—El rey hace constar públicamente su cautividad.—Intolerancia eclesiástica, especialmente contra los que abandonan los conventos.—Intolerancia jacobina contra el culto de los refractarios.—Carta del Papa quemada.—La Asamblea acuerda para los restos de Voltaire los honores del Panteón.

El 7 de Abril, cinco días después de la muerte de Mirabeau, Robespierre propuso é hizo decretar que ningún miembro de la Asamblea pudiera ser ministro hasta cuatro años después de haber dejado de ser diputado.

Ningún diputado importante se atrevió á combatir este proyecto. Ninguna reclamación de los redactores ordinarios de la Constitución (Thouret, Chapelier, etc.), ninguno de los agitadores de la izquierda (Duport, Lameth, Barnave, etc.) Todos ellos se dejaron arrebatar, sin decir una palabra, el fruto que podían haber recogido de la muerte de Mirabeau. La entrada al poder, que parecía abrirse para ellos, les fué cerrada para siempre.

Cinco semanas después, el 16 de Mayo, Robespierre propuso é hizo decretar que los miembros de la Asamblea actual no podrían ser reelegidos en la próxima legislatura.

Por dos veces la Asamblea Constituyente votó por aclamación contra ella misma.

Y las dos veces por la iniciativa del diputado menos agradable de la Asamblea, de aquel á quien había rehusado invariablemente todas las proposiciones.

Se había verificado un gran cambio que es preciso explicar.

Lo que ante todo llamaba la atención era el tono nuevo, audaz y